

DESOLACION SOBRE JAVEA

UNO es de carne y hueso, y por algo le tira la sangre y la tierra. Cuando la Prensa dió la noticia de que las tierras norfeñas de "La Marina" alicantina estaban incomunicadas, víctimas del viento y de la lluvia, y que la garganta de Gorgos había reventado vías del ferrocarril, banales y carreteras, el instinto me dijo que mi sitio estaba en Jávea. Uno va allí para el solaz y la bonanza, y justo es acompañar a los compatriotas en el momento de la presentida tragedia. Esta ha rebasado todos los presentimientos.

Desde Madrid a Valencia el tiempo fué bonancible. En cambio, de Valencia a Gandía el sol ya no quiso saludarnos en nuestra prisa. Una ligera llovizna nos envolvió por Oliva, para rodar desde allí hasta Vergel y Ondara materialmente sobre agua. Gata de Gorgos nos dió la primera sorpresa. Las cunetas de la carretera cantaban un desgarrado galope del agua, nutridas sin cesar por márgenes derruidos y avasallados por la corriente. De Gata a Jávea el camino, en pleno día, fué a ciegas. Las agujas del parabrisa cayeron rendidas por el esfuerzo, y sólo el buen hábito de andar por casa nos acercó a la villa, pasando antes, con temeraria inconsciencia, por el puente del "Garsó", comido en sus lindes y en sus entrañas por la corriente enfurecida. Como el fanático pega su frente al suelo, vencido y abrumado por la divinidad, así están hoy en



Jávea la mayoría de los banales, que se han rendido a la violencia de los elementos, descubriendo sus entrañas. Entrañas de trabajo y de amor hacia la tierra, de la que se han separado con desoladora derrota.

Ha sido terrible la soberbia hinchazón del siempre estéril río Gorgos, sobrepasando sus márgenes para invadir la fértil vega javiense, arrollando vifedos y naranjales, huertanías y secanos, hasta encontrar las aguas saladas del Arenal, por la Fontana.

Pero la tragedia ha venido por las estribaciones meridionales del Cabo San Antonio y del "Motgó" y de los montes fronterizos del "Puig". Fueron trombas descomunales de agua, ininterrumpidas, las que cayeron sobre cantiles y sembrados, arrastrando el sudor de siglos. Construcciones y árboles centenarios, arrancados y llevados con furia de muerte por el temporal, entre el sobrenadar vertiginoso de cañizales, uva pasa, ajuares, aves y rebafios.

En el "Rabaldí", centenares de hane-gadas de vifedo y de naranjos han desaparecido, quedando desnudos los peñascales. Las calles de la villa se han convertido en ba-



rancos, dejando al descubierto las conducciones del agua y del alcantarillado como arterias muertas. Las carreteras del Cabo La Nao y del segundo Arenal han sido borradas en centenares de metros, comidas por el légamo. El campo javiense se ha vestido de lodo rojo, como si los arafazos de los elementos hubiesen aflorado la sangre a su piel. Pero también la villa ha llorado su desgracia en su cintu-

